

# Etapas de desarrollo cognitivo, afectivo, social: Jean Piaget

### Primera etapa: Inteligencia sensoriomotriz

La lactancia es el punto de partida de la evolución psicológica en la cual no existe, según Piaget, ninguna diferenciación entre el yo y el mundo externo, es decir, que *“las impresiones vividas y percibidas no están ligadas ni a una conciencia personal sentida como un “yo”, ni a unos objetos concebidos como exteriores”* (1973b, p. 24), sin embargo, se irán diferenciando a través de esta etapa. *“El yo se halla al principio en el centro de la realidad, precisamente porque no tiene conciencia de sí mismo y el mundo exterior se objetivará en la medida en que el yo se construya en tanto que actividad subjetiva o interior. Dicho de otra forma, la conciencia empieza en un egocentrismo inconsciente e integral, mientras que los progresos de la inteligencia sensoriomotriz desembocan en la construcción de un universo objetivo, dentro del cual el propio cuerpo aparece como un elemento entre otros, y a este universo se opone la vida interior, localizada en ese propio cuerpo”* (Piaget, 1973b, p. 25). El sentido de sí mismo se irá construyendo poco a poco en la medida que se va ligando al mundo externo, el cual a través de la relación afectiva con las personas significativas va logrando un reflejo del sí mismo y la satisfacción de sus necesidades.

La percepción de la realidad del lactante es global y afectiva, el mundo no tiene características fijas y objetivas, sino que se presenta al niño como algo agradable o desagradable. El tipo de vínculo afectivo que el niño desarrolle en esta temprana etapa va a ser crucial para la construcción del sentido del sí mismo, ya que va a dar la tonalidad afectiva básica y la seguridad con que enfrentará la realidad.

Como lo plantea Piaget (1973b, p. 19), por medio de las percepciones y movimientos el niño conquista todo el universo práctico que lo rodea a través de la asimilación sensoriomotriz del mundo exterior inmediato. Este desarrollo se refiere en primera instancia al propio cuerpo y con los inicios del lenguaje y el pensamiento *“se sitúa como un elemento o un cuerpo entre los demás, en un universo que ha construido poco a poco y que ahora siente como algo exterior a él”*.

Desde el punto de vista de la inteligencia y de la vida afectiva, pueden distinguirse tres estadios: el de los reflejos, el de la organización de las percepciones y hábitos y el de la inteligencia sensoriomotriz propiamente tal.

**Estadio de los reflejos.** Desde el nacimiento, la vida mental se reduce al ejercicio de aparatos reflejos, es decir, de coordinaciones sensoriales y motrices hereditarias que corresponden a tendencias instintivas y que manifiestan desde el principio una auténtica actividad de asimilación sensoriomotriz.

**Estadio de organización de percepciones y hábitos.** Los ejercicios reflejos se integran en hábitos y percepciones organizadas que dan lugar a nuevas conductas. Entre los tres y seis meses el lactante empieza a tomar lo que ve, manipulando los objetos y formando nuevos hábitos o conjuntos motores y perceptivos. Estos esquemas sensoriomotores constituyen un ciclo reflejo que incorpora nuevos elementos y forma totalidades organizadas progresivamente más diferenciadas.

**Estadio de la inteligencia sensoriomotriz.** La inteligencia aparece antes que el lenguaje, y se trata de una inteligencia práctica que se aplica a la manipulación de los objetos y que utiliza, en lugar de palabras y conceptos, percepciones y movimientos organizados en esquemas de acción (por ejemplo, atraer un juguete con un palo), los cuales se coordinan, diferencian y flexibilizan cada vez más para registrar los resultados de la experiencia. Estos esquemas de acción se van repitiendo y generalizando a nuevas situaciones, correspondiendo según Piaget (1973 b) a una especie de concepto sensoriomotor.

Durante los dos primeros años de vida se construyen cuatro procesos fundamentales: las categorías del objeto, del espacio, de la causalidad y del tiempo como categorías prácticas o de acción. Se construyen al final del primer año los objetos fijos y permanentes, siendo este el primer paso del egocentrismo integral primitivo a la elaboración final de un universo exterior. La elaboración del espacio se debe a la coordinación de los movimientos. La causalidad dado el egocentrismo, se halla al principio relacionada con la propia actividad, consistiendo en la relación fortuita para el sujeto, entre un resultado empírico y una acción cualquiera, dándose lugar a una especie de causalidad mágica. En el segundo año el niño ya reconoce las relaciones de causalidad de los objetos entre sí.

La evolución de la afectividad durante los primeros dos años de vida se corresponde con la de las funciones motrices y cognoscitivas. Al estadio de las acciones reflejas se corresponden los impulsos instintivos ligados a la nutrición y los reflejos afectivos que constituyen las emociones primarias. Al segundo estadio corresponden sentimientos elementales o afectos perceptivos relacionados con la acción: lo agradable y lo desagradable, el placer y el dolor y los primeros sentimientos de éxito y de fracaso. Estos dependen de la acción y no aún de la conciencia de las relaciones con otros y denotan el egocentrismo general. *“Los psicoanalistas han llamado ‘narcisismo’ a ese estadio elemental de la afectividad, pero hay que comprender muy bien que se trata de un narcisismo sin Narciso, es decir sin conciencia personal propiamente dicha”* (Piaget, 1973b, p. 29).



Con el desarrollo de la inteligencia sensoriomotriz aparece un tercer nivel de la afectividad, caracterizado por la diferenciación de objetos externos, con lo que se logra la objetivación de los sentimientos y su proyección en otras actividades y no solo sobre sí mismo. Los sentimientos se diferencian en alegrías y tristezas relacionadas con el éxito y el fracaso de los actos intencionales, esfuerzos e intereses y permanecen durante mucho tiempo ligados a las acciones de la persona.

Cuando la percepción y las acciones se van diferenciando e integrando, se construyen los objetos externos e independientes de la conciencia del sí mismo, la conciencia de yo surge como el polo interior de la realidad. Surgen así, los sentimientos interindividuales, referidos al otro, con sus alegrías y tristezas, éxitos y fracasos, los que constituyen el principio de las simpatías y antipatías.

La calidad del vínculo afectivo familiar según Guidano (1994) desarrolla una tonalidad afectiva básica en el niño, de la que depende la calidad de la experiencia emotiva, el sentido de sí mismo y las relaciones con los otros. Esto resalta la importancia de los vínculos afectivos estables y consistentes con los padres durante este período y lo devastador que resultan para el desarrollo las separaciones tempranas.

## **Segunda etapa: Pensamiento preoperatorio**

El desarrollo del simbolismo y la diferenciación del yo constituyen la revolución cognitiva de la primera infancia. La progresiva construcción del yo como una actividad subjetiva o interior lleva a la diferenciación con el mundo externo, lo que permite la objetivación de la realidad. Este hecho central en el desarrollo se debe a los progresos de las funciones cognitivas, con la aparición de las primeras representaciones mentales, imágenes mentales que permanecen en la memoria y que pueden ser evocadas cuando se desee.

Con la representación se inicia el desarrollo de la función simbólica entre los 12 y los 18 meses, que es la capacidad de sustituir un objeto por un signo o símbolo, dando lugar a la aparición del lenguaje, como el vehículo esencial del pensamiento.

Con la aparición del lenguaje, las conductas se modifican profundamente, tanto en sus aspectos intelectuales como afectivos. *“Además de todas las acciones reales o materiales que sigue siendo capaz de realizar como durante el período anterior, el niño adquiere gracias al lenguaje, la capacidad de reconstruir sus acciones pasadas en forma de relato y de anticipar sus acciones futuras mediante la representación verbal”* (Piaget, 1973b, p. 31).

Lo anterior tiene, según Piaget, tres consecuencias esenciales para el desarrollo mental: un intercambio posible entre individuos, esto es el inicio de la socialización de la acción; la interiorización de la palabra, es decir el pensamiento propiamente tal; y una interiorización de la acción, la cual deja de estar ligada a la percepción y al movimiento, y se puede reconstruir en el plano intuitivo de las imágenes y de las experiencias mentales. Con el lenguaje el niño se encuentra incluido no solo en el mundo físico, sino que además en el social y en el de las representaciones interiores, los cuales son, según Piaget, esencialmente solidarios. Se da así la posibilidad de construcción del juicio moral, a lo que nos referiremos más adelante en forma extensa.

El pensamiento es al inicio de la primera infancia egocéntrico puro, solo incorpora o asimila la realidad percibida a su yo, sin realizar una adaptación o acomodación a la realidad. Un ejemplo típico de este tipo de pensamiento es el juego simbólico o juego de imaginación, como el juego de muñecas por ejemplo, en que el niño crea la realidad según sus necesidades y deseos.

Más avanzada la segunda infancia se desarrolla el pensamiento intuitivo, que implica la interiorización de las percepciones y los movimientos en forma de imágenes representativas y de experiencias mentales, los que prolongan los esquemas sensoriomotores sin coordinación. Por ello se establecen relaciones entre objetos o hechos en base a elementos perceptivos que se destacan y no a reglas lógicas. Esto permite al niño establecer semejanzas y diferencias entre objetos y clasificarlos en base a criterios concretos de tipo perceptivo, dando lugar a intuiciones, las cuales no son reversibles, siendo por tanto equilibrios menos estables, pero que marcan un avance importante en relación a los actos preverbales.

El pensamiento está aún dirigido por las necesidades, intereses y sentimientos del niño, por lo cual la visión de la realidad es subjetiva. Las cosas aparecen como más grandes o más importantes, no como son en la realidad, sino que de acuerdo a la importancia afectiva que tenga para el niño, lo que se refleja muy bien en los dibujos de los niños en la primera infancia, en los cuales las proporciones dependen de sus afectos; de ahí la significación de los dibujos de la familia, en los que las personas más valoradas y queridas aparecen como más grandes.

No se diferencia aún la fantasía de la realidad, por lo que el pensamiento es “mágico”, todo es posible; por eso el niño cree en hadas, duendes y brujas, y se dan explicaciones mágicas a los fenómenos naturales como la lluvia y las olas, las que son empujadas por alguien que sopla, por ejemplo.

Como vimos, con el logro fundamental de la elaboración de un universo exterior y la objetivación de los sentimientos y su proyección a otras actividades que no sean solo las del yo, se afirma la conciencia del yo como un polo interior de la realidad, opuesto a ese otro polo externo u objetivo, dejando de lado el egocentrismo inconsciente e integral de los primeros meses. Sin embargo, aún no logra salir de su propio punto de vista para coordinarlo con los demás y sigue inconscientemente centrado en sí mismo. El proceso de diferenciación y construcción del yo y el fortalecimiento de la voluntad se produce alrededor de los dos años y medio, con una oposición a los adultos, resistiéndose el niño en forma activa o pasiva a las demandas y normas sociales, con lo que surgen las típicas conductas de rebeldía, tales como pataletas, rabietas o hacerse el que no escuchó la orden para no acatarla.

Los sentimientos y emociones se van diferenciando y surgen sentimientos interindividuales (afectos, simpatías, antipatías) y los sentimientos morales intuitivos que surgen de las relaciones entre adultos y niños.

Aun cuando en los inicios de esta etapa predominan los sentimientos de afirmación del yo, como el afán de posesión, poder y prestigio, es importante destacar el surgimiento de estos sentimientos de consideración y respeto por los otros, que dan lugar a actos de ayuda y compañerismo.



Se desarrollan así los inicios de la empatía, que implica compartir sentimientos experimentados por otros, dando lugar a conductas altruistas en las etapas posteriores. Según Hoffman (1978, citado en Wenar, 1994) el desarrollo de la empatía se inicia en la infancia temprana (lactancia) de forma rudimentaria. El niño atiende y es estimulado por los comportamientos de otros en el ambiente, produciéndose un contagio, en el que las claves de dolor o displacer de otra persona se asocian a las propias experiencias pasadas de dolor, pudiendo confundir su desagrado y dolor con los de otros. Después del primer año, al percibir a las otras personas como diferentes, puede captar que el displacer o placer es de otra persona. Su interés por su propio bienestar, cede al menos en parte por un interés por el otro, pudiendo aliviar al otro en su displacer. Su capacidad de separar sus propios sentimientos de los de otros es primitiva, y el niño actúa desde su propia perspectiva, y así puede por ejemplo, si ve triste a su madre, ofrecerle su osito favorito como consuelo.

El niño a los dos años y medio, al percibir bien su separación del otro, con la diferenciación del yo, es capaz de comprender el estado emocional del otro y darle algo que podría ayudarlo, como por ejemplo, un abrazo a la madre triste.

La expresión de emociones y sentimientos es poco controlada, así como toda la conducta del niño, quien irá aprendiendo a expresar sus emociones y a comportarse en forma más adecuada socialmente, de acuerdo a sus relaciones interpersonales y sentimientos de amor y respeto que desarrolle en relación a las personas.

### **Tercera etapa: Pensamiento operatorio concreto**

La lógica y la descentración del pensamiento posibilitan la objetivación de la realidad y la cooperación social, como logros centrales de la segunda infancia.

Según Piaget, el niño comienza a los 6 o 7 años a liberarse de su egocentrismo social e intelectual, con la capacidad de la reflexión lógica, la cual constituye el sistema de relaciones que permite la coordinación de puntos de vista entre sí: *"Son incluso tan solidarios que a primera vista es difícil decir si es que el niño ha adquirido cierta capacidad de reflexión que le permite coordinar sus acciones con las de los demás, o si es que existe un progreso en la socialización que refuerza el pensamiento por interiorización"* (Piaget, 1973b, p. 62).

El desarrollo de las operaciones lógicas corrige las intuiciones perceptivas, por las cuales el niño se dejaba llevar por las ilusiones momentáneas y permite *"descentrar" el egocentrismo, por así decir, para transformar las relaciones inmediatas en un sistema coherente de relaciones objetivas*" (Piaget, 1973b, p.73).

La construcción de la lógica constituye el sistema de relaciones tanto a nivel intelectual como de la afectividad, que posibilita la coordinación de puntos de vista entre sí entre diferentes individuos distintos y entre percepciones o intuiciones de la misma persona. Este sistema de coordinaciones sociales e individuales genera, según Piaget, la moral de cooperación y de autonomía personal, por oposición a la moral intuitiva de heteronomía propia de la primera infancia.

Piaget (1973b) destaca como instrumentos mentales que permiten esta doble coordinación lógica y moral, la operación en el plano de la inteligencia y la voluntad en el plano afectivo. Con estos instrumentos se produce la declinación de las formas egocéntricas de causalidad y de representación del mundo, por lo que la visión de la realidad percipción ahora es analítica, con lo cual el niño puede captar los detalles separados del todo, lo que da más objetividad a la percepción. El niño ya no suple los elementos no percibidos con la fantasía, ni proyecta sus emociones y sentimientos al mundo exterior. Esta actitud realista y objetiva se refleja en la superación de las creencias y mitos, la elección de juguetes lo más parecido posible a los objetos reales, en el dibujo a través del cual el niño refleja lo que observa en la realidad, por lo cual los dibujos tienen formas constantes, con mayor dominio de las proporciones y con relaciones espaciales.

Se da además una actitud crítica frente a sí mismo y el mundo exterior, por lo cual el niño enjuicia la realidad, analizando críticamente a las demás personas y a sí mismo, en relación a los atributos externos, concretos. Así, el niño enjuicia los relatos, exigiendo siempre explicaciones realistas de las cosas y comprende ya el significado de la mentira.

Los niños, al desarrollar la capacidad de reflexión, ya no tienen la credulidad inmediata y el egocentrismo intelectual, con lo que van descubriendo que hay reglas estables que gobiernan el mundo físico y comienzan a buscar explicaciones realistas a los fenómenos que observan. A partir de hechos particulares que observan, van sacando conclusiones generales, desarrollando así el pensamiento de tipo inductivo.

Se separa la realidad de la fantasía, las cuales eran confundidas en etapas anteriores. El niño en esta etapa capta como real solo lo concreto, lo percibido, no captando hasta la edad juvenil las realidades abstractas. El pensamiento es de tipo lógico concreto, mediante este el niño puede establecer relaciones entre objetos concretos o sus representaciones en forma lógica, sin dejarse influir por sus sentimientos y emociones. El pensamiento está organizado en base a conceptos y reglas que son universales, generales. Antes los conceptos acerca de las cosas eran particulares, denominándose preconceptos, ya que estaban ligados a un objeto determinado y no caracterizan a todos los elementos de esa clase. Ahora el niño es capaz de captar lo esencial que es característico de una clase o grupo de objetos.

El niño puede comprender las clasificaciones, incluir clases, combinarlas y descomponerlas y desarrollar los conceptos de tiempo, espacio, número, lo que le permite organizar y objetivar la realidad.

Estos logros se deben al desarrollo de las operaciones lógicas, entendidas como una acción cuya fuente es siempre motriz, perceptiva o intuitiva y que se transforman al constituir sistemas de conjunto, a la vez componibles y reversibles: *"Las acciones se hacen operatorias desde el momento en que dos acciones del mismo tipo pueden componer una tercera acción que pertenezca todavía al mismo tipo, y estas diversas acciones pueden invertirse o ser vueltas del revés: así es como la acción de reunir (suma lógica o suma aritmética) es una operación, porque varias reuniones sucesivas equivalen a una sola reunión (composición de sumas) y las reuniones pueden ser invertidas y transformadas así en disociaciones (sustracciones)"* (Piaget, 1973b, pp. 76-77).



Hacia los siete años se constituyen diversos sistemas de conjuntos que transforman las intuiciones en operaciones, tales como sistemas familiares, compuestos por partes que tienen relaciones lógicas entre sí, en la medida que forman parte de un conjunto de relaciones análogas cuya totalidad constituye un sistema de parentesco. Asimismo, los valores existen en función de un sistema total o "escala de valores" (Piaget, 1973b).

Según Piaget *"La organización de los valores morales que caracteriza a la segunda infancia es, en cambio, comparable a la lógica misma: es una lógica de los valores o de las acciones entre individuos, igual que la lógica es una especie de moral del pensamiento"* (1973b, p. 89).

En el ámbito emocional, social y moral estas operaciones del pensamiento se dan de la misma forma: la identidad implica igualdad en las relaciones sociales y la reversibilidad se refiere a la reciprocidad en las relaciones sociales, las que son esenciales para el desarrollo del juicio moral.

La reversibilidad en el pensamiento y en la afectividad permite junto con la descentración la toma de perspectiva social, esto es el cambio de puntos de vista con lo cual se logra el equilibrio en las relaciones sociales y el juicio moral.

Piaget señala *"... la reversibilidad adquirida traduce un equilibrio permanente entre la asimilación de las cosas por el espíritu y la acomodación del espíritu a las cosas. De ahí que cuando se libera de su punto de vista inmediato para 'agrupar' las relaciones, el espíritu alcanza un estado de coherencia y de no-contradicción paralela a lo que en el plano social representa la cooperación, que subordina el yo a las leyes de la reciprocidad"* (1973b, p. 84).

Piaget (1973b) destaca que la profunda transformación que sufre la afectividad en la segunda infancia se debe a que a través de la cooperación, los niños coordinan sus puntos de vista en un marco de reciprocidad que permite la aparición de nuevos sentimientos morales, los que desembocan en una mejor integración del yo y en una regulación más eficaz de la vida afectiva. El respeto mutuo que se logra al final de la etapa lleva al respeto de las reglas dadas por el grupo y al surgimiento del sentimiento de justicia, que cambia las relaciones interpersonales entre niños y padres.

El control de la conducta es posible a través del desarrollo de los sentimientos de respeto, los cuales deben ser extensivos a un sentimiento de respeto o valoración del sí mismo. Los éxitos y fracasos de la actividad propia van inscribiéndose según Piaget, en una escala permanente de valores, la cual influye en las acciones futuras. El niño va formando poco a poco un juicio sobre sí mismo, que puede tener grandes repercusiones en su propio desarrollo, ya que se constituye en un filtro por el cual se percibe la realidad.

A medida que se organizan los valores en estructuras más complejas, se logra el equilibrio en la voluntad, que para Piaget es el equivalente afectivo de las operaciones de la razón. La voluntad permitiría a la persona la elección de la conducta adecuada al deber social, por respeto al grupo y al sí mismo, solo en la medida que se logre la integración y el equilibrio en la formación de una identidad personal congruente y autónoma, la cual se organiza en la edad juvenil.

## Cuarta etapa: Pensamiento formal o hipotético deductivo

Entre los once y los doce años se produce una transformación fundamental en el pensamiento del niño, que marca el final con respecto a las operaciones construidas durante la segunda infancia: el paso del pensamiento concreto al pensamiento formal o hipotético-deductivo.

Las operaciones formales son las mismas operaciones de la etapa anterior, pero aplicadas a hipótesis o proposiciones. *“Las operaciones formales aportan al pensamiento un poder completamente nuevo, que equivale a desligarlo y liberarlo de lo real para permitirle edificar a voluntad reflexiones y teorías”* (Piaget, 1973b, p. 98).

El joven es capaz ahora de un pensamiento deductivo, es decir, de construir hipótesis, reglas generales que luego aplica a la realidad, sin tomar en cuenta el objeto en particular. Se supera el mundo de lo real, para alcanzar el de lo posible.

La apertura al mundo de los valores y la organización de un sistema de creencias y valores personales se posibilita en esta etapa con el desarrollo de la reflexión libre y desligada de lo real. Se vuelve a dar un egocentrismo intelectual, como en la etapa de la lactancia, en que incorpora el mundo en una asimilación egocéntrica, sin lograr una acomodación a lo real. Sin embargo, este es un egocentrismo con centro, es decir con conciencia de sí, que se manifiesta en a través de la creencia en la reflexión todopoderosa, como lo plantea Piaget *“como si el mundo tuviera que someterse a los sistemas y no los sistemas a la realidad. Es la edad metafísica por excelencia: el yo es lo bastante grande para reconstruir el universo y lo bastante grande como para incorporarlo”* (1973b, p. 99).

Esto posibilita una nueva actitud hacia la realidad, con una visión idealista del mundo, en el sentido que va más allá de los valores de utilidad, trasciende el mundo de lo concreto y se orienta hacia el mundo de las ideas, de los valores. La imagen del mundo se amplía, abarcando no solo lo externo, lo inmediato, sino que también la realidad psíquica interna.

Esto lleva una actitud crítica en relación a las personas y a sí mismo en términos de necesidades, motivaciones, sentimientos, creencias y principios. El joven analiza su rol en la vida, sus planes y metas personales, de acuerdo a una proyección en el tiempo, a la necesidad de dar sentido a su vida, esforzándose por construir un sentido de identidad congruente y autónoma.

Según Piaget, el adolescente se prepara para insertarse en la sociedad de los adultos por medio de proyectos, de programas de vida, de sistemas teóricos, de planes de reformas políticas o sociales. La adaptación real a la sociedad se logra cuando el adolescente pasa de la reflexión a la acción y realización de las ideas en la realidad, en un marco social determinado. Esto implica el logro de la autonomía moral como una de las metas centrales del desarrollo de la identidad personal, que da trascendencia y estabilidad al sí mismo.



Piaget concluye en el texto al que nos hemos referido, en la parte sobre El desarrollo mental del niño: *"Podemos observar, como conclusión, la unidad profunda de los procesos que, desde la construcción de un universo práctico, debida a la inteligencia sensorio-motriz del lactante, desembocan en la reconstrucción del mundo por el pensamiento hipotético-deductivo del adolescente, pasando por el conocimiento del universo concreto debido al sistema de operaciones de la segunda infancia. Hemos visto cómo estas construcciones sucesivas han consistido siempre en descentrar el punto de vista inmediato y egocéntrico del principio, para situarlo en una coordinación cada vez más amplia de relaciones y nociones, de tal manera que cada nuevo agrupamiento terminal integrará más la actividad propia, adaptándola a una realidad cada vez más extensa. Ahora bien, paralelamente a esta elaboración intelectual, hemos visto a la afectividad liberarse poco a poco del yo para someterse, merced a la reciprocidad y a la coordinación de los valores, a las leyes de la cooperación"* (1973b, pp. 106-07).